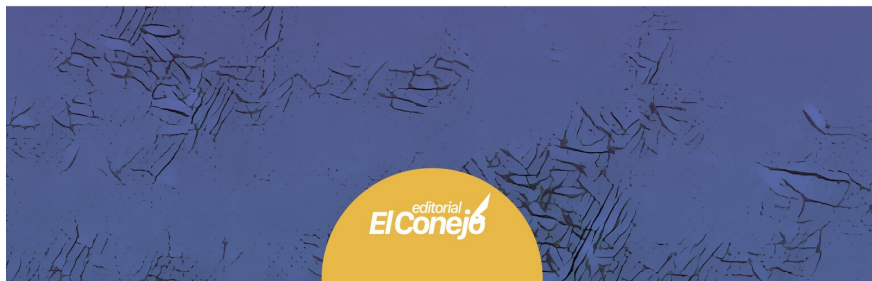




ALCANTARILLAS

LUIS A. AGUILAR MONSALVE



Alcantarillas

Luis A. Aguilar Monsalve

Índice

Alcantarillas	9
Los engaños que trascienden	14
En el otro rostro del tiempo	19
Un atardecer difuso	25
La mariposa nocturna	29
Nadie sabe lo de nadie	32
Al otro lado de una historia	36
Remembranzas	39
El hombre de la capa	45
Más allá de una conjetura	57
Un rostro de espanto	61
Transiciones	64
Jinetes en acecho	68
En una de las aristas de Hollywoo	73
Un hombre desconocido	77
En la otra ribera.....	87
En el trajín del tiempo	91
Una mujer en el puente.....	96
Lo que puede estar al otro lado de un simple saludo...103	
Érase una vez en un bistró.....	106
Te vi sin mí y me enajené	109
El reencuentro	115

A Eugenia Viteri

Por decirlo de la forma más sencilla posible,
para mí, escribir novelas es un reto,
escribir cuentos es un placer.
Haruki Murakami

Alcantarillas

Durante uno de los conflictos bélicos del siglo XXI, en un lugar que no nos concierne en este momento pero que nos aflige porque somos parte de un mundo globalizado, unidos por distancias que nos acercan y nos comunicamos con más facilidad que en otras épocas. Esta historia tiene la particularidad de que la viví de principio a fin porque yo soy el jefe de la familia, si todavía es posible decirlo. A mi esposa no le importa que me exprese de esta manera, entonces, no siento molestia alguna al hacerlo.

Me llamo Adão Gonçalves, soy ingeniero petrolero de treinta y ocho años; mi mujer se llama Inês, de treinta, mi hija Jessica, de siete, y mi hijo Enzo, de cuatro años. Todos somos portugueses de Oporto y tenemos *um enredo* pequeño en Nazaré, herencia de mis padres.

A través de una agencia de trabajo internacional, solicité empleo. No me importaba mucho el lugar donde podría laborar; sin embargo, consideraba posibilidades en Arabia, Argelia o Ecuador. No me resultó en ninguna de ellas, pero me sugirieron en otro lado y lo acepté. Mi cónyuge y yo decidimos que nos íbamos los cuatro para no separar a la familia.

Apenas me gradué de la universidad, estuve catorce años con GALP; me pareció que era un tiempo suficiente y quería internacionalizarme y recorrer el mundo con mi familia mientras todavía era posible estar juntos. Alquilamos la casa a unos estadounidenses jubilados que vinieron a residir en nuestro país; era una pareja muy agradable, que hablaba el portugués con un acento cautivador. Eran profesores de lengua en una de las universidades del Este de los Estados Unidos, en el departamento de español y portugués. La alquilamos por un lapso de dos años, amueblada, y nos anticiparon seis meses de arriendo más garantías.

Emprendimos el viaje llenos de esperanza y confiados en el futuro. Estábamos seguros de que habíamos tomado una decisión correcta. En nuestra nueva ubicación encontramos un apartamento acogedor y tuvimos que acostumbrarnos a todo. A Gylđa la matriculamos en la escuela americana. Era la única portuguesa en la institución. Ella tenía conocimientos del inglés y pronto, merced a su personalidad amigable, desapareció cualquier problema de adaptación que hubiera podido tener al principio.

Inês arregló la casa de una manera cómoda; era muy pequeña, pero tenía su encanto. Enzo era pura travesura y su instinto investigador le ocasionó algunos malos momentos; recuerdo uno en particular: siguió a una bandada de tres gansos blancos enormes, uno de ellos, que no apreciaba ni toleraba invasión alguna en sus posesiones, lo agarró de su *derrière*. El grito de dolor y de susto alarmó a todos. Me encontraba en casa por ventura y tuve que entretenerlo y pacificarlo, por un tiempo cuya duración no atinaría a conjeturar.

Estaba capacitado para controlar, diseñar y planificar las actividades de yacimientos, perforación, producción, transporte de hidrocarburos, y, sobre todo, para el manejo ambiental. Con mi jefe, Boryslav Melnyk, me entendí muy bien. Estaba separado de su mujer, que se había ido de vacaciones a París, y decidió quedarse. No tenían niños. Venía con frecuencia a cenar en la casa, en particular los sábados. Mi esposa le preparaba lo que más le gustaba: una *Francesinha* o unos *Bolinhos* de Bacalhau, y de postre *Toucinho do Céu*; los tres hicimos una magnífica amistad; adoraba a los niños y ellos a él. Le llamaban “tio Bory”, lo cual le encantaba.

En mi segundo año me promocionaron y pasé a ser asistente jefe de Boryslav. Una mañana hirsuta, a las seis y doce minutos, un misil enemigo detonó en el barrio y nuestra niña fue una de las víctimas de tal atrocidad. Quedó destrozada, dividida; sus ojos abiertos parecían interrogar, preguntar, querer saber aquello para lo cual no había respuesta alguna. Cubierto de lágrimas, alcancé a cerrarlos y a envolver su cuerpo desgarrado con la sábana de su cama, empapada con su sangre. Desesperado, busqué a los dos. Presentía lo peor, olfateaba todo lo espantoso de una guerra que jamás tiene justificación. La madre, inconsciente, yacía golpeada por los escombros, y mi hijo, llorando con el índice derecho en su boca, sin moverse, sin apenas reaccionar más que con el llanto. Llanto y más llanto. Enloquecí.

El enemigo ordenó a sus tropas bombardear e invadir el país en el que nos encontrábamos, lo que suponía la primera gran agresión de este tipo desde el desenlace de

la Segunda Guerra Mundial, en 1945, y el fin de la dictadura de los nazis en Alemania. Había argumentos de lado a lado. Los unos se negaban a reconocer independencias que fracturaran el *statu quo* imperial; los otros, que estaban cansados de ser controlados por un hermano mayor, querían libertad.

Los días se acumularon. Aprendimos a sobrevivir, a enmudecer, a depender del gobierno, de otros, a huir, a escondernos en las alcantarillas y no ver nada, nada más que a nosotros mismos, que era lo único familiar y de valor que teníamos; yo debía protegerlos con mi vida. Hubo un cese al fuego. Se formó un corredor humanitario, a través del cual fue posible recibir ayuda de otros países y de la Cruz Roja. Por ser extranjeros tuvimos prioridad para abandonar ese averno indefinible.

En el aeropuerto, con un par de maletas, su madre lo sostenía en brazos; no estaba ni se sentía bien. Lo que más nos resultaba ominoso era dejar a nuestra hija para siempre en un lugar extraño, sabiendo que no sería posible visitarla, sabrá Dios por cuánto tiempo. Yo sacaba fuerzas de donde no tenía, tratando de parecer calmado y llenar vacíos que abundaban, en particular para el niño que preguntaba y quería ver a su hermana. Inês, sobreponiéndose, deseaba que Enzo fuese consciente del inminente cambio. Le mostró el avión que pronto abordaríamos.

—Entusiásmate, porque nos llevará a Oporto, a nuestro país.

—¿Qué es un país? —preguntó Enzo.

—Donde solíamos vivir antes de venir acá.

—¿Es diferente de aquí?

- Sí, muy diferente. ¿Te acuerdas, hijo mío, del caballito que tu padre y yo te regalamos? No contestó.
- Mamá —inquirió el niño, acaso intranquilo— ¿habrá alcantarillas en la casa?
- No, no tenemos que refugiarnos allí.
- Entonces... —se contuvo de preguntar y sonrió.

Los engaños que trascienden

Corría la década de 1920 cuando Amalia Tóth se enfermó. No había cumplido los diecisiete años. Se sentía débil, tenía fiebre, sudores nocturnos, y había perdido peso. En consecuencia, tuvo que prescindir de las lecciones de equitación y tenis, hacer sus deberes y acostarse temprano.

El doctor Wallace la visitaba por las tardes. Sus padres, el banquero László, y Hajna Vass, dedicada a los quehaceres domésticos, la mimaban. Durante meses no cambió su exuberancia, pero poco a poco se iba convirtiendo en un ser melancólico.

Al enterarse de su enfermedad, el pintor Todd Evens, cercano amigo de la familia, la visitaba con frecuencia. Muchas veces traía su equipo, lo llevaba a su cuarto y se dedicaba a pintar cuando ella se encontraba en él. Al momento, se hallaba trazando el árbol de arce del jardín que quedaba en la parte posterior de la casa. El bosquejo estaba listo y dentro de poco comenzaría la aplicación del color; quería iniciarlo antes de que las hojas cayesen por completo, y no se viera en el lienzo ese matiz espectacular que solo el otoño puede ofrecer, y un artista de paisajes como él transferirlo al lienzo.

Tomaba el té con ellas y doña Hajna ofrecía sus especialidades: las *bolachas*, las *kürtőskalács*, y sobre todo las jaleas y mermeladas de albaricoque, cereza y naranja para servirse con el pan. La conversación variaba entre las costumbres, los decires y las leyendas de sus antepasados. Otro tema que tocaban era el momento actual y las ventajas de las adquisiciones modernas para un confort con el que apenas habían soñado. Amanda se entretenía con la charla. A veces el artista se quedaba para la cena y dialogaba con el señor de la casa; lo hacían en la biblioteca, bebiendo brandy, coñac o cualquier otro tipo de licor.

Amanda permanecía en su cuarto. Leía obras de Louisa May Alcott, de los Dumas, Lord Byron, Sándor Márai, Pérez Galdós, Poe, Mary Shelley o H. G. Wells, que elegía su padre, además de lo que tenía que cumplir para su liceo. Un día, su papá le propuso que si no era demasiado podía seguir unas lecciones de piano o de pintura; también sugirió una introducción a la Historia como parte de su aprendizaje. Quería que se expusiera a todo ello para que tuviese una noción más amplia de lo que eran las humanidades; estaba convencido de la habilidad natural que Dios le había otorgado. Nunca vieron en su aflicción un impedimento.

La tendencia al aprendizaje no solamente le venía del lado paterno, sino también de parte de la madre, quien apoyaba a su esposo con entereza. Había hecho estudios de Farmacología y trabajó por dos años antes de casarse. Don László tenía un doctorado en literatura comparada. Escribía, pero prefirió el mundo bursátil a la docencia. También tenía una especialidad en este

campo. Los esposos Tóth se conocieron en la universidad de Sopron; el número estudiantil femenino en aquellos días era escaso.

La relación con Evens se entabló cuando los dos asistieron a la primera exposición de arte que ofreció en la ciudad. Los Tóth adquirieron dos cuadros paisajistas; colocaron el grande en el comedor y el más pequeño en el pasadizo de la entrada. Veinticuatro meses después, el banco patrocinaba su segunda exhibición que aún fue más exitosa; allí, él le obsequió uno pequeño con un jardín de tipo pastoril, en un amanecer inicial y unas libélulas exquisitamente reales. Lo ubicó en su biblioteca en un rincón sobre una mesita en la que estaba La Diosa de la justicia, su favorita, una lámpara de tamaño mediano con una tulipa de seda crema y un platón de Limoges azul con dorado de la colección de Madame Pompadour.

El estado de salud de Amalia se iba deteriorando cada vez más, mientras el otoño fenecía con lentitud. El arce estaba casi desnudo, con apenas una rama que sostenía tres hojas. Desde su cama las miraba con fervor. En un momento de debilidad se había expresado en voz alta y alguien la escuchó:

—Ahí está mi vida arrimada a su última hoja.

En su mente recordaba las ramas llenas de varios colores. Recapitulaba cómo iban desprendiéndose, y lo alargado de los tallos que movidos por el viento parecía que tiritaban y protestaban por esa condición de impudicia; con seguridad echaban de menos su ropaje y su poder en un mundo lleno de misterio y sinrazón.

—Cara mía, hoy te tengo una sorpresa.

Sin mostrar mayor interés, abrió más los ojos, se reviró hacia la derecha y se incorporó de mejor manera.

“—¿Qué sorpresa será? —”

Con una especie de mímica no muy acertada, caminó hacia la cama con los brazos hacia atrás. Ocultaba algo. Se le olvidó decir: “¡Cierra los ojos!” —O quizás era innecesario porque su físico, pálido en exceso, quitaba cualquier iniciativa, aunque fuese forzada, de entretenimiento.

El cuadro estaba terminado. El brillo del arbusto era mágico en contraste con lo plomizo del ambiente; la exactitud con la que se había pintado el arce era destacable.

—Lo pinté para ti porque siempre lo has mirado con un cariño especial que yo no he encontrado en ninguna otra persona.

Sonrió.

—¿Dónde quieres instalarlo? Pero tiene que ser en este cuarto.

—Gracias. Quiero colocarlo aquí encima del espaldar de mi cama. Como ve está vacío. —dijo animada.

—Magnífica idea; es el sitio ideal.

Por su familiaridad con la casa bajó a la cocina, pasó a la despensa y en una de las alacenas abrió el cajón preciso y sacó un clavo y el martillo.

Quedó perfecto.

Al día siguiente solo persistían dos hojas y, después de transcurridas tres horas, una. Ella sabía que el árbol era la elongación de su vida y que esa noche o máximo al día siguiente, emprendería el viaje sin retorno.

El pintor se despidió después de la cena.

A la mañana siguiente, Amalia abrió los ojos sin miedo; había conseguido aceptar su destino.

¡La hoja no había caído, estaba allí!

Todd Evens había sido llevado de urgencia al hospital con una fuerte pulmonía.

Si te gustó, adquiere el libro completo en
www.inktelecta.com
o comunícate con Editorial El Conejo